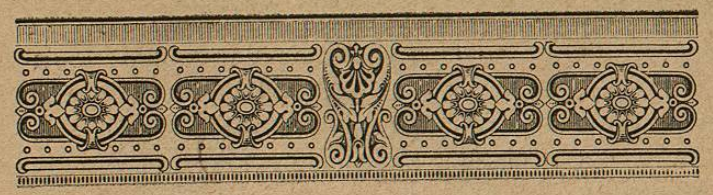
tar con nosotras? En verdad que no se ha de ir. Á lo cual con rostro alegre, y sonriéndose, respondió la Santa. Sea norabuena, hija, pues ella así lo quiere; y diciendo esto, fuése á donde estaban las hermanas, y las recreó.

El monasterio no podía continuar por mucho tiempo en lugar tan poco sano, y comprendiéndolo así Doña María de Mendoza, que ya había vuelto de su viaje á Úbeda, y se encontraba en Valladolid, propuso á la Santa el cambio de la casa y huerta que su hermano D. Bernardino les había cedido, por otra que ella les proporcionaría de mejores condiciones, más cerca de la ciudad. Aceptó, como era de esperar, la proposición, y en tanto que el nuevo monasterio se hacía, compadecida dicha señora de lo mal que lo pasaban las religiosas, llevólas á su propia casa, (1) y dióles habitación aparte, donde pudieran estar con el conveniente recogimiento; y sustentólas con mucha caridad. Arreglado ya el nuevo monasterio, trasladáronse á él día de San Blas de 1569. Lleváronlas en solemne procesión, á la que asistieron el Obispo de Ávila, la clerecía y comunidades de religiosos, y lo más granado de la ciudad.

(1) Por unos apuntes que las Carmelitas de esta ciudad conservan, se sabe que la dicha casa estaba situada en la calle del Rosarito, lindante con la iglesia por el lado donde ahora se encuentra el teatro de Calderón.



CAPÍTULO V.

Negocia nuestra Madre la licencia para la fundación de Duruelo.—Ofrécese otra fundación de monjas en Toledo.—De camino para Ávila visita en Duruelo á los primeros Padres de la Reforma.—Parte para Toledo, y hace noche en el Tiemblo.—Dificultades que se presentan en la fundación de dicha ciudad.—Cómo el Señor se valió de un pobre estudiante para que la Santa encontrara casa.—Extremo de pobreza á que se vieron reducidas las Carmelitas.—Compran con la ayuda de Alonso Ramírez buena casa.—Habla la Santa con elogio de la observancia de sus hijas.

Una de las cosas que, al despedirse la Santa en Medina del P. Antonio de Heredia, llamaban con preferencia su atención, era la fundación de Duruelo, cuna de la Descalcez Carmelitana. Así que llegó á Valladolid, procuró ganar la voluntad del Provincial, que á la sazón se encontraba en dicha ciudad, y como le encontrase poco dispuesto á dar el requerido consentimiento, hablóle con tal efi-

cacia, y tan al vivo le pintó la cuenta que había de dar á Dios, si por su parte no se llevaba á cabo obra tan santa, que al fin le rindió, y obtuvo lo que pretendía. El Provincial pasado, Fr. Ángel Salazar, resistía con pertinacia, mas hubo de necesitar del favor de Doña María de Mendoza, siempre pronta á secundar los intentos de nuestra Madre, y gracias á esto pudieron conseguir la licencia que faltaba. Sin perder tiempo dispuso la Santa que Fr. Juan, bien instruido ya en las observancias y manera de proceder que habían de tener como Descalzos, fuese luego á Duruelo, y arreglase la casa de modo que pudieran entrar en ella, antes que sobreviniese algún contratiempo. Había éste de pasar por Ávila, y tan satisfecha estaba la Santa de la singular virtud y espíritu del primer Carmelita Descalzo, que en carta escrita á últimos de Septiembre de 1568 á Francisco de Salcedo le dice así: «Hable vuestra merced á este padre, suplícoselo, y favorézcale en este negocio, que aunque es chico, (1) entiendo es grande en los ojos de Dios. Cierto él nos ha de hacer acá harta falta, porque es cuerdo, y propio para nuestro modo, y ansí creo le ha llamado nuestro Señor para esto. No hay fraile que no diga bien de él, porque ha sido su vida de gran penitencia, aunque ha poco tiempo. Mas parece le tiene el Señor de su mano, que aunque hemos tenido aquí algunas ocasiones en negocios, y yo que soy la misma ocasión, que me he enojado con él á ratos, jamás le hemos visto una imperfección. Ánimo lleva; mas como es solo, ha menester lo que nuestro Señor le da, para que lo tome tan á pechos. Él dirá á vuestra merced cómo acá nos va» (2).

(1) Alude á su corta talla. Mirando á la pequeña estatura de San Juan de la Cruz, solía decir Sta. Teresa con mucha gracia que contaba para la reforma con fraile y medio.

(2) Carta X.

Bien hubiera querido el Prior de Santa Ana haber acompañado al bendito Fr. Juan, pero había de hacer la renuncia en manos del Provincial, y era preciso aguardar. Vino una vez dicho Padre á verse con la Santa en Valladolid, la cual refiriéndose á esta entrevista dice: «El P. Fr. Antonio ya tenía algo allegado de lo que era menester: ayudábamosle lo que podíamos, aunque era poco. Vino allí á Valladolid á hablarme con gran contento, y díjome lo que tenía allegado, que era harto poco: solo de relojes (de arena) iba proveído, que llevaba cinco, que me cayó en harta gracia. Díjome que para tener las oras concertadas, que no quería ir desapercibido: creo aun no tenía en qué dormir. Tardóse poco en aderezar la casa, porque no había dinero, aunque quisieran hacer mucho» (1).

Hizo por fin renuncia del priorato, y de vivir conforme á la regla mitigada, que hasta entonces había profesado, y prometió guardar la primitiva de San Alberto, declarada por Inocencio IV. Sin aguardar á más, partió á juntarse con su compañero Fr. Juan, que ya llevaba dos meses en Duruelo. El gozo que experimentó su alma al acercarse á dicho pueblecito, refiérelo la Santa por habérselo oído al mismo P. Heredia. «Dicho me ha el P. Fr. Antonio, que cuando llegó á vista del lugarcillo, le dió un gozo interior muy grande, y le pareció que había ya acabado con el mundo, en dejarlo todo, y meterse en aquella soledad, á donde al uno y al otro no se le hizo la casa mala, sino que les parecía estaban en grandes deleites» (2).

El 27 de Noviembre llegó el P. Antonio á Duruelo, y después de pasar la noche en fervorosa oración, díjose á otro día la primera misa de la inauguración, reno-

(1) Fund. c. XIV.

(2) Fund. c. XIV.

vando ambos delante del Santísimo Sacramento la renuncia de la regla mitigada, y prometiendo solemnemente guardar hasta la muerte el rigor de la primitiva observancia. Á ejemplo de la Madre Teresa, trocaron los apellidos que antes llevaban, tomando el P. Antonio el de Jesús, y Fr. Juan, el de la Cruz. Dieron el hábito al hermano corista Fr. José de Cristo, quedando el P. Antonio de prior, y Fr. Juan de maestro de novicios. Así dió principio la grandiosa obra de Santa Teresa por lo que toca á la Reforma de Carmelitas Descalzos.

Excusado parece encarecer la alegría que inundó el corazón de la celosa Madre al ver cumplidos sus deseos y realizadas sus esperanzas. En la cuaresma del 1569, yendo de Valladolid á la fundación de Toledo, tuvo el consuelo de visitar en Duruelo á los primeros Padres de la Reforma. Tan grabada quedó en su corazón la memoria de aquella casa, llamada por ella portalico de Belén, que nos dejó descripción minuciosa, y sobre manera edificante de lo que pudo ver y observar: «Llegué dice la Santa, una mañana: estaba el P. Fr. Antonio de Jesús barriendo la puerta de la iglesia, con un rostro de alegría que él tiene siempre. Yo le dije: *Qué es esto, mi padre? Qué se ha hecho la honra?* Díjome estas palabras, diciéndome el gran contento que tenía: *Yo maldigo el tiempo que la tuve.* Como entré en la iglesia, quedéme espantada de ver el espíritu que el Señor había puesto allí; y no era yo sola, que dos mercaderes que habían venido de Medina hasta allí conmigo, que eran mis amigos, no hacían otra cosa sino llorar. ¡Tenían tantas cruces! ¡tantas calaveras!

Nunca se me olvida una cruz pequeña de palo que tenía, para el agua bendita, que tenía en ella pegada una imagen de papel con un Cristo, que parecía ponía más devoción, que si fuera de cosa muy bien labrada.

· VIDA DE S^TA^ TERESA DE JESUS ·

Visita la casa de Duruelo.

El coro era el desván que por mitad estaba alto, que podían decir las Horas; mas habíanse de abajar mucho para entrar y para oir misa: tenían á los dos rincones hacia la iglesia dos ermitillas, á donde no podían estar sino echados ú sentados, llenos de heno, porque el lugar era muy frío, y el tejado casi les daba sobre las cabezas, con dos ventanillas hacia el altar, y dos piedras por cabeceras, y allí sus cruces y calaveras. Supe que después que acababan Maitines, hasta Prima, no se tornaban á ir, sino allí se quedaban en oración, que la tenían tan grande, que les acaecía ir con harta nieve los hábitos, cuando iban á Prima, y no lo haber sentido... Pues como yo ví aquella casita, que poco antes no se podía estar en ella, con un espíritu, que á cada parte que miraba, hallaba con que me edificar, y entendí de la manera que vivían, y con la mortificación y oración, y el buen ejemplo que daban, porque allí me vino á ver un caballero, y su mujer que yo conocía, que estaba en un lugar cerca, y no acababan de decir de su santidad, y el gran bien que hacían en aquellos pueblos, no me hartaba de dar gracias á nuestro Señor, con un gozo interior grandísimo, por parecerme que vía comenzado un principio, para gran aprovechamiento de nuestra Orden, y servicio de nuestro Señor. Plega á su Majestad que lo lleve adelante, como ahora van, que mi pensamiento será bien verdadero. Los mercaderes que habían ido conmigo me decían que por todo el mundo no quisieran haber dejado de venir allí. ¡Qué cosa es la virtud, que más les agradó aquella pobreza, que todas las riquezas que ellos tenían, y les hartó y consoló su alma!

Después que tratamos aquellos padres y yo algunas cosas en especial, como soy flaca y ruin, les rogué mucho no fuesen en las cosas de penitencia con tanto rigor, que le llevaban muy grande; y como me había cos-

tado tanto deseo y oración que me diese el Señor quien lo comenzase y vía tan buen principio, temía no buscase el demonio cómo los acabar, antes que se efectuase lo que yo esperaba. Como imperfecta y de poca fe, no miraba que era obra de Dios, y su Majestad la había de llevar adelante. Ellos como tenían estas cosas que á mí me faltaban, hicieron poco caso de mis palabras para dejar sus obras; y ansí me fuí con harto grandísimo consuelo, aunque no daba á Dios las alabanzas que merecía tan gran merced. Plega á su Majestad, por su bondad, sea yo dina de servir en algo, lo muy mucho que le debo, amen; que bien entendía era esta muy mayor merced, que la que me hacía en fundar casas de monjas» (1).

Dejemos ahora prender este grano de mostaza de la Descalcez Carmelitana, que tantas lágrimas y suspiros ha de costar todavía á la Santa hasta verle desarrollado y con vida propia, y volvamos á ocuparnos en otras fundaciones que por diversas partes se ofrecían.

Aun no había acabado de acomodar á sus hijas en Valladolid, y ya Dios le abría campo á su celo en Toledo. Vivía en dicha ciudad un rico y piadoso mercader llamado Martín Ramírez, el cual pensaba antes de morir hacer una iglesia y fundar varias capellanías. Como el P. Pablo Hernández, de la Compañía de Jesús, tuviera noticia de ello, fuése á visitar al bueno de Ramírez, que había caido gravemente enfermo, y le indicó, cómo haría gran servicio á Dios nuestro Señor, si la hacienda que intentaba gastar en tan buena obra, la empleaba en fundar un monasterio de Carmelitas Descalzas, donde también podría dejar las dichas Capellanías. Agradó al generoso mercader el pensamiento, pero tan enfermo se encontraba, que no pudiendo en-

(1) Fund. c. XIV.

tender por sí en el negocio, púsolo todo en manos de un hermano que tenía, dándole amplios poderes para concertar lo que juzgase más conveniente en el asunto.

Muerto Martín Ramírez, su hermano Alonso y el P. Hernández acordaron escribir á la Santa, dándole cuenta de la ocasión que se presentaba para la fundación de un monasterio en Toledo. Como supiese la Madre Teresa cuánto gustaba el Señor de estas casas de religiosas, contestó admitiendo la fundación, y dando sus poderes al P. Hernández, para que negociase, mientras ella llegaba, lo que creyera oportuno. Convinieron en poner el patronato del monasterio en cabeza de un hijo de Diego Ortiz, nieto de Alonso Ramírez, los cuales daban prisa á la Santa para que luego se presentase á fundar. Precisamente eran estas prisas cuando se encontraba en Valladolid, molestada de importunas calenturas, y muy ocupada en el arreglo de la nueva casa, donde pensaba trasladar á sus monjas. Á principios de año del 1569 quiso Dios encontrara alguna mejoría, y con fecha 9 de Enero escribió á Diego de Ortíz diciendo: «Es nuestro Señor servido que me han faltado las calenturas. Yo me doy toda la prisa que puedo á dejar esto á mi contento, y pienso con el favor de nuestro Señor, se acabará con brevedad, y yo prometo á vuestra merced no perder tiempo, ni hacer caso de mi mal, aunque tornasen las calenturas, para dejar de ir luego; que razón es, pues vuestra merced lo hace todo, haga yo de mi parte lo que es nada, que es tomar trabajo alguno; pues no habíamos de procurar otra cosa los que pretendemos seguir á quien, tan sin merecerlo, siempre vivió en ellos» (1).

Por mucho que la Santa procuraba desembarazarse de los negocios para cumplir lo prometido, era preci-

(1) Carta XII.

so dejar primero á sus hijas bien acomodadas. Añadíase á esto que los fríos del invierno eran tan recios, que con dificultad pudiera ponerse en camino. Con el fin de excusar su tardanza, escribió á Alonso Ramírez con fecha 19 de Febrero, animándole al mismo tiempo á hacer rostro á las dificultades y trabajos que se ofrecieran en la fundación. «Estoy, le dice, desde el miércoles con la señora Doña María de Mendoza, que por haber estado mala no había podido vermé, y tenía necesidad de comunicarle algunas cosas (1). Pensé estar solo un día, y ha hecho tal tiempo de frío, nieve y hielo, que parece no se sufría caminar, y ansí he estado hasta hoy sábado. Partiréme el lunes, con el favor de nuestro señor sin falta para Medina; y allí y en S. José de Ávila, aunque más prisa me quiera dar, me detendré más de quince días, por haber necesidad de entender en algunos negocios, y ansí creo los tardaré más de lo que había dicho. Vuestra merced me perdonará, que por esta cuenta que le he dado, verá que no puedo más: no es mucha la dilación. Suplico á vuestra merced, que en comprar casa no se entienda hasta que yo vaya, porque querría fuese á nuestro propósito, pues vuestra merced, y el que esté en gloria, nos hacen la limosna.

En lo de las licencias, la del Rey tengo por fácil con el favor del cielo, aunque se pase algún trabajo, que yo tengo experiencia que el demonio puede sufrir mal estas casas, y ansí siempre nos persigue; mas el Señor lo puede todo, y él se va con las manos en la cabeza.

Aquí habemos tenido una contradicción muy grande y de personas de las principales que aquí hay: ya se ha todo allanado. No piense vuesa merced que ha de dar á nuestro Señor solo lo que piensa ahora, sino mucho más; y ansí gratifica su Majestad las buenas obras, con ordenar como se hagan mayores; y no es nada dar los reales, que nos duele poco. Cuando nos apedreen á vuestra merced y al señor su yerno, y á todos los que tratamos en ello, como hicieron en Ávila casi, cuando se hizo S. José, entonces irá bueno el negocio, y creeré yo, que no perderá nada el monasterio, ni los que pasáremos el trabajo, sino que se ganará mucho. El Señor lo guíe todo como ve que conviene. Vuestra merced no tenga ninguna pena. Plega á nuestro Señor halle yo á vuestra merced muy bueno, y á ese caballero yerno de vuestra merced (D. Diego Ortíz), en cuyas oraciones me encomiendo mucho, y en las de vuestra merced. Mire que lo he menester para ir por esos caminos, con harto ruin salud...» (1)

(1) No sería la menos importante el haber visto á su hermano D. Bernardino fuera de pena.

De este temple era el ánimo de la Santa, la cual lejos de acobardarse y retroceder delante de las contradicciones, cobraba con ellas mayor aliento y confianza, y teníalas por buen principio de la obra, y tanto mejor cuanto más ponía el demonio en estorbarla, que al fin y al cabo íbase *con las manos en la cabeza.*

El 21 de Febrero cuando aun apretaban bien los fríos, salió la intrépida Madre de Valladolid, visitó á sus hijas de Medina, y después de haber estado algunos días en S. José de Ávila, partió para Toledo con dos religiosas. En el camino hubieron de hacer noche en el Tiemblo, y se alojaron en la única posada que pudieron encontrar. Dióles el atento mesonero aposento cual convenía á su estado, sin reparar en que dicho aposento teníale ya tomado cierto desconocido caminante. Cuando éste volvió á la posada, y encontró su ropa fuera de donde la había dejado, púsose tan furioso, que espada en mano, fuese al mesonero, y

(1) Carta XIII.